Sobre la Intervención Americana Ultimo Mensaje

ADOLFO DIAZ

Se ha puesto de actualidad el asunto de la Intervención Americana en Nicaragua, presentándolo como un ataque histórico al Partido Conservador. Nos parece oportuno reproducir los párrafos del último mensaje que como Presidente de la República don Adolfo Díaz dirigió al Congreso Nacional el 15 de diciembre de 1928, en los cuales y en presencia de una lucida representación liberal don Adolfo, sin rehuir responsabilidades expuso la materia con noble franqueza exhibiendo la rectitud y el patriotismo de los gobiernos conservadores de ese segundo período de predominio del partido histórico.

Es indudable que el año de 1928 ha sido final de una etapa completa en la historia de Nicaragua: cierra una jornada que debo examinar en el Presente Mensaje, último documento en su género que dirijo al Congreso de la República en mi calidad de Primer Mandatario, en la categoría especialísima de último Presidente conservador en el segundo período de predominio, durante el cual el histórico partido ha tenido la dirección de los destinos de la Patria. Por lo tanto no debo concretarme en esta vez al examen ritual y circunscrito de una administración ejecutiva entre dos legislaturas, sino que debo extender la mirada por el panorama, dilatado y ancho, de un lapso histórico de diez y ocho años, durante los cuales ha gobernado el Partido Conservador. Debo examinar su obra sustancial ante los Representantes del pueblo, cuando está próximo el momento en que va a resignar de manera pacífica y legal los Poderes Públicos en manos de sus adversarios políticos.

No es mi propósito, ni cabría en un documento de esta clase, hacer la historia minuciosa del Gobierno Conservador; pero sí deseo hacer resaltar las intenciones de aquellos a quienes las circunstancias constituyeron en dirigentes; el pensamiento en que basaron sus actos para producir un sistema que ha cambiado por completo los modos de operar en la política nicaragüense. Al entrar en el examen de la materia, debemos recordar, como punto de partida ilustrativo, que el Partido Conservador surgió al poder después que éste había estado en manos de una larga dictadura. Durante diez y siete años un hombre mantuvo tirantes las riendas del Estado. Este hecho es significativo de la severidad de mando necesaria para enclavar el Ejecutivo en un individuo por un tiempo en que conforme nuestra tradición y nuestras leyes debieran haber sido varias las personas que ejercieran la Presidencia. La dictadura, en el afán de perdurar y de centralizar, subvierte el orden social, frustra las libertades públicas y vicia los sistemas administrativos, en virtud de una concentración absolutista, y al exasperar a los ciudadanos con el cesarismo, llega a pervertir hasta la misma oposición, obligándola o convertirse en revolucionaria, con lo cual los mejores elementos sociales, aquellos que en

toda sociedad bien organizada son factores de orden y de justicia, se tornan en inconformes, en levantiscos y en perturbadores, aunque sea del orden artificial que el despotismo mantiene en el país. La dictadura, por los medios que usa, no es más que una continuada revolución que obra de arriba para abajo; y por ello se ha notado, con especialidad en la América Española, que las naciones que han padecido de ese mal, tras un largo período de despotismo, cuando éste flaquea y cae, le sucede otro largo período de anarquía, producido por los fermentos que el régimen dictatorial crea al envenenar el organismo nacional.

Al caer la severa dictadura de los diez y siete años, el problema pavoroso de la anarquía era el más grave que tenían que afrontar sus sucesores, cuyas filas de partidarios unidas durante la campaña libertadora por el aglutinante de la oposición, tendían a disgregarse en múltiples aspiraciones y tendencias, que al chocar entre sí iban a producir el desorden y la disolución. Los hombres de la nueva situación midieron la gravedad de tamaño problema, y trataron de buscar entre los elementos de actualidad las soluciones salvadoras de la República.

Este era el cuadro ruinoso al levantarse el primer Gobierno Conservador, después de una larga guerra civil. El respeto a la autoridad estaba perdido, extenuadas las fuentes de nuestros recursos económicos, extraviado y corrompido el concepto de todas las cosas graves. Complicaba esta situación el estado deplorable de nuestras relaciones exteriores, comprometidas por las inquietudes del dictador, que había practicado una política internacional imprudente, procurando distraer las fuerzas activas de la opinión pública hacia arriesgadas operaciones exteriores. Su agresividad fue manifiesta en la tendencia de inundar a los otros países de Centroamérica con el espíritu revolucionario que rebasaba en Nicaragua. El Gobierno se enredó en una serie de conflictos que sería largo de relatar y que produjeron el deplorable efecto de alarmar al Gobierno de los Estados Unidos, cuya política legendaria le hace interesarse vivamente en los asuntos de los países situados en la zona del Mar Ca-

ribe. Nuestro dictador no supo apreciar la situación ni medir los riesgos, y provocó el rompimiento con el Gobierno Americano, que obró en la forma severa expresada en la nota que el Secretario de Estado Philander C. Knox dirigió a nuestro Encargado de Negocios en Washington, el 1º de diciembre de 1909. En este documento el Gobierno Americano retiraba su reconocimiento al Gobierno de Nicaragua, y nos dejaba colocados en una situación difícilísima, que significaba poco menos que el estado de guerra con aquella Gran Potencia.

En este momento de tinieblas surgió al poder el Partido Conservador. Nuestra posición fue muy parecida a la de los republicanos alemanes después de la Gran Guerra. Ellos no habían tenido parte en las decisiones del Gobierno Imperial, pero heredaron los desastres por corregir, así como las obligaciones internacionales más dolorosas. Los Conservadores de Nicaragua no tuvieron parte en la política imprudente de la dictadura, pero fueron los sucesores en su herencia comprometida que les tocó en suerte reparar, haciendo las concesiones indispensables en toda posición internacional deprimida, para recuperar la confianza de los Estados Unidos, sin la cual es imposible para ningún país prosperar en este Continente.

Es indudable que si la sucesión en el poder de Nicaragua se hubiera desenvuelto sin interrumpir la tradición de prudencia de los gobiernos de los treinta años, en una alternabilidad de individuos, pero en unidad de política conciliadora y digna hacia las otras naciones, con las cuales hemos de cultivar relaciones más o menos estrechas, se hubiera dado sin duda de nuestros intereses lo que se debiera dar y escatimado lo que se pudiera escatimar, pero hubiéramos vivido en tranquilidad y sin necesitar de ninguna cooperación extranjera para arreglar de modo satisfactorio nuestros asuntos internos. Pero esa tradición estaba rota, y era imposible restablecerla en su integridad, interrumpidas como estaban nuestras relaciones con los Estados Unidos, y alteradas profundamente nuestras costumbres pacifistas de república pequeña, regida por un gobierno moderado, legal y de orden.

Para la nueva administración conservadora la primera necesidad, la más urgente, fue la de restablecer las relaciones con los Estados Unidos sobre una base sólida, de mutua confianza entre los dos países. Esa confianza del fuerte y poderoso no podíamos ya, después de los actos de la dictadura, captarla con sólo la palabra de un trabajo de Gabinete. Teníamos que obtenerla dando prendas de verdadera amistad, de identificación de criterios, en la apreciación de los problemas continentales que interesan a la Gran República, y en los cuales nos tocara actuar por nuestra geografía. ~~Se~~ este concepto básico fue abierto el capítulo de nuestro trato para ver de obtener el reconocimiento del Departamento de Estado de Washington para el nuevo Gobierno nicaragüense, y conquistar así la estabilidad jurídica en la vida internacional y posibilidad de operar en el sentido de reorganizar la República.

Ya hemos dicho que todos los elementos perturbadores obraban, soliviantados, en una fatal tendencia anarquizante. Era necesario levantar un muro contra esos elementos que nos permitiera entregarnos al trabajo im-

probo de una reorganización que en aquellos días aflictivos parecía casi imposible. Ante los dos problemas, el interior y el exterior, nació la idea en el Partido Conservador de solucionarlos conjuntamente, y ante la necesidad de hacer concesiones a los Estados Unidos, lograr esas mismas concesiones para que avivando la confianza de la Gran Potencia nos sirviera su amistad para asegurar la paz, y sobre esa paz edificar el nuevo sistema. En una palabra, debíamos terminar el grave conflicto planteado en la histórica nota del Secretario Knox, y asegurar al mismo tiempo la existencia de un gobierno eficiente, de una administración ordenada y reparadora. La empresa alcanzaba los límites de lo descomunal, y pedía al mismo tiempo resoluciones inmediatas, sin largos y detenidos estudios. Los hombres de la época tuvieron el valor de adoptar tamañas responsabilidades, y de entregar sus nombres a vehementes discusiones, para labrar, según su leal saber y entender, el bien de la República.

Abrimos los tratos concernientes con el Gobierno Americano, y contrajimos compromisos muy serios de vida regularizada, para lograr su ayuda en la reorganización jurídica, política y económica de Nicaragua. Constituidas esas relaciones especialísimas en base de nuestras operaciones para una administración reparadora, como consecuencia natural la nueva forma de nuestro entendimiento con los Estados Unidos pasó a ser la idea rectora de nuestra política. Sabíamos que el pensamiento iba a encontrar resistencia en el interior y grandes contradicciones en los otros países de Hispano América. Sin embargo, la reflexión originaria era bien sencilla: no podemos prescindir de estrechar en el tiempo las relaciones con los Estados Unidos; no está en nuestras manos sustituir ni desviar su incontrastable hegemonía continental; queramos o no queramos tenemos que sentir su influencia; pues en lugar de contrariarla, de combatirla, estrellando nuestra Patria contra la rompiente, es mucho mejor tornar esa influencia en amistad, forjarla en instrumento de bien, para levantar a Nicaragua del despotismo y de la anarquía hasta una vida republicana, de alternabilidades en el mando y de sistemas democráticos que se fueran perfeccionando por la vía lenta, pero segura, de la evolución.

Tal fue el pensamiento capital, hijo del deseo de salvar a Nicaragua de la descomposición y de la ruina. Adoptada la política en consonancia con ese principio, procedimos de una manera precisa y definida, en términos tales que no se pudiera dudar de nuestra sinceridad, ni de que marchábamos a ciencia cierta de nuestros pasos, sobre un terreno fragoso. Pero escrita la cuestión como punto esencial de nuestra plataforma de partido, saltó inmediatamente la contradicción en la forma vehemente y caldeada con que se acostumbra librar las peleas partidaristas entre nosotros. A nuestro americanismo expuesto en repetidos documentos como base de la evolución para llegar a un perfeccionamiento más o menos probable en la gobernación del Estado, respondieron las acusaciones de nuestros adversarios, diciendo que poníamos nuestra Patria en peligro de perder su independencia al intimar con una nación exhuberante de fuerza expansiva. Se nos acusó de faltos de patriotismo.

de menguar la autonomía para buscar apoyo extraño con que mantenernos en el poder. Nosotros respondimos con explicaciones comedidas, que nuestro ideal era de libertad, de garantía, de orden y de justicia; que en nuestras relaciones con los Estados Unidos se restringían las facultades opresoras de los gobiernos; que nuestra política era de sacrificio; que en el contacto inmediato con la potencia del Norte podía sufrir la autoridad ejecutiva, pero que nuestras miras eran elevadas y nuestra confianza meditada nos hacía adoptar las responsabilidades de fiador ante el pueblo de Nicaragua respecto de las intenciones moderadas, respetuosas y amistosas del Gobierno de los Estados Unidos. Declaramos en toda ocasión propicia, que trabajábamos por el bien público; pero por desgracia no se nos creyó, y una propaganda intensa, inteligentemente ejercitada, tocando la cuerda sensible de la raza, estableció la duda sobre nuestros procedimientos en una parte del pueblo de Nicaragua y en gran parte del público exterior, que contemplaba nuestro problema con ansiedad desde el territorio español en las Américas.

Nuestras promesas fueron claras y repetidas las explicaciones. Sabíamos muy bien lo doloroso del método adoptado, y principiámos a aplicarlo con buena fe en el orden administrativo. Sus resultados están a la vista. Encontramos dormidos los resortes de la administración, demeritada nuestra moneda, todo en desorden y en desbarajuste; y con la aplicación del sistema cooperativo, arreglamos nuestro sistema rentístico por procedimientos de cobros imparciales y rectos. Las aduanas fueron beneficiadas elevándose su producción y haciéndose juti-cios los recaudos. Nuestro ferrocarril, de la casi destrucción, fue elevado a la categoría de valioso inmueble, de servicio eficiente y de capacidad como prenda de garantía para abrirnos crédito. Nuestra moneda se solidificó en grado de resistir la tormenta de la Guerra Europea, y ha permanecido inmutable sobre su fábrica conservadora al través de crisis tan intensas como fue la última guerra civil que sufrió Nicaragua. Tenemos un Banco Nacional, eje robusto de nuestras operaciones monetarias; y en un país en donde no encontramos ninguna institución de esta clase, pues los negocios languidecían por las inseguridades del cambio, existen hoy varios Bancos con negocios prósperos sobre el campo que ha fertilizado el Banco Nacional. En fin, recibimos el caos, y hoy que contemplo el camino recorrido me satisface el ver que podemos entregar la administración pública colocada sobre cimientos profundos de honorabilidad, de eficiencia y de prudencia, que permitirán operar con soltura a los nuevos gobiernos.

Debemos confesar que las relaciones con los Estados Unidos han constituido el resorte principal del mecanismo de nuestra administración; pero cualquiera que sea la fe que hayamos mantenido en la amistad del Gobierno Americano, no hemos olvidado que para que una influencia exterior sea necesaria a un país, es necesario que cuanto viene de afuera se acomode a lo que se llama el espíritu del territorio. Esta tesis informa en esencia la doctrina conservadora al respecto, y para hacerla práctica pusimos cuidadoso esmero en dirigir la instrucción y la educación populares en el sentido de fortale-

cer ese espíritu. Hemos abierto con franqueza nuestras puertas a las penetraciones amistosas, pero hemos procurado levantar murallas defensivas por medio de una educación al mismo tiempo tradicionalista y progresista. En una palabra, hemos procurado establecer sistemas de educación y de ilustración castiza en la acepción positiva del vocablo, procurando fortalecer a las nuevas generaciones en el amor de la raza y de la Patria.

Comprendo que se puede no estar de acuerdo en principio con los sistemas educativos adoptados por nosotros, pero nadie puede negarnos el entusiasmo que hemos manifestado por el mejoramiento de las multitudes, preparando maestros, que serán la oficialidad de lo porvenir en los ejércitos de las escuelas, y abriendo colegios, que son verdaderas antorchas para los caminos que ha de seguir nuestra juventud, ante cuyos ojos hemos levantado al Dios de sus mayores, en un ideal religioso que fortifique el alma de la raza, para que en esta tierra de bendición, destinada a ser camino por donde transite el mundo, esa raza sea el troquel invulnerable que dé siempre forma y consistencia a todo lo que habite, viva y palpite en Nicaragua.

Queríamos la libertad. Por ella combatimos contra la dictadura, y la libertad tuvo su renacimiento en Nicaragua en virtud del nuevo sistema conservador. Toda evolución es compleja. No se avanza en las naciones por frentes compactos; para ganar terreno en el progreso de las instituciones en unas líneas se avanza, en otras se sufre atraso, otras se estacionan y aun hay algunas que retroceden. No se puede juzgar una situación determinada por las imperfecciones de cada día: el juicio debe recaer sobre el conjunto en donde concurren las líneas de todos los esfuerzos y de todos los pensamientos de los directores de esa situación. Al patrocinar el sistema, declaramos en documentos escritos que lo destinábamos a ser eje para rodar hacia adelante, para desarrollar la democracia en el accionado de nuestra política. Y así sucedió. El Partido Conservador no se negó a ningún intento en pro de la libertad y de la democracia. En la oposición clamaba por la libertad electoral, y en el poder, para la realización de un ideal de un gobierno mayoritario, solicitó el concurso de los Estados Unidos. Peritos enviados por el Gobierno Americano prepararon el proceso evolutivo con una ley electoral, que nos hubiera llevado en paz a los mismos resultados a que llegamos violentados por la revolución en este año trascendentalísimo.

Como dejo dicho, las evoluciones en los países son complejas. En nuestra historia se observa que todas las evoluciones progresistas se han verificado durante el predominio del Partido Conservador. Nuestros padres fundaron la República sobre la alternabilidad individual en el gobierno. Después de ellos la República sufrió eclipse, hasta que surgió el Partido en las nuevas generaciones a restablecer las alternabilidades, a abrir de nuevo los comicios cerrados, a descorrer cerrojos a la emisión hablada y escrita del pensamiento, a animar la democracia, y al través de imperfecciones innegables, de caídas visibles, y aun de parciales retrocesos, fieles al ideal conservador, esas nuevas generaciones realizaron la evolución para convertir la alternabilidad de individuos, en al-

ternabilidad de colectividades, alternabilidad de partidos, turnos de conglomerados en la administración pública. No comprende las mutaciones del tiempo, y ciego será el que no vea en los sucesos de este año el principio de una nueva era en que se sucederán, por el imperio de la mayoría, en turnos inciertos, los partidos en la dirección de la República. Las posibilidades del dominio exclusivista de un solo círculo han muerto en Nicaragua. Esa ha sido la obra trascendente del conservatismo, y como todas las grandes obras no ha dejado de ser dolorosa.

Una verdadera etapa de nuestra historia se ha cerrado en este año de 1928. Tiene la etapa todos los distintivos históricos de una época, con sus operaciones transformativas y con sus signos novedosos y diferenciales. Las dictaduras, los despotismos, las violencias en el gobernar, la opresión afixiante de toda energía ciudadana, según marca ese signo del nuevo tiempo, no serán posibles más en Nicaragua. El paso del Partido Conservador por el poder público las ha destruido. Y si por la circunstancia de nuestra misma lucha, si por errores parciales más o menos graves, se disminuyeron nuestros prestigios de actualidad, debemos confiar en que el prestigio histórico, consistente y perdurable, florecerá cuando la etapa recorrida, colocada ya en un pasado definitivo, sea juzgada por el pueblo de Nicaragua por sus resultados mediatos, que serán de gran beneficio para la nación. Sujetándonos al fallo de la mayoría vamos a dar el ejemplo, por primera vez en Nicaragua, de una mutación pacífica de partido en los poderes públicos. No se nos diga que hemos sido forzados por circunstancias ajenas a la voluntad, porque los instrumentos todos que operaron para que Nicaragua gozara de esa evolución, han sido creados por los gobiernos conservadores, forjados con la conciencia del propio sacrificio en provecho de la totalidad del pueblo.

El Partido Conservador aparece en este momento vencido por su propia obra, y sin embargo, en el campo de la ideología, su triunfo ha sido definitivo. Sus adversarios han tenido que rectificar, adoptar sus ideales, adaptarse a las formas de los nuevos tiempos; en fin, han tenido que colocarse en un plano esencialmente conservador, y confesar con los hechos que en el litigio que sostuvimos por diez y ocho años, por desgracia con demasiada acritud, en la querrela del "americanismo" nosotros llevábamos la razón, nos asistía la justicia; que nuestra mira era verídica, la única que cabía seguir dentro de las posibilidades y dentro de las realidades de la Patria y de la época.

Ahora principiarán a favorecernos las rectificaciones de los que nos acusaban. Los que de buena fe creyeron que nuestras miras eran interesadas, pequeñas y ruines, quedarán claros de nuestra sinceridad cuando al repasar en calma la documentación de la época, y a compaginarla con los resultados, vean que nuestra política ciertamente era de sacrificio, y nuestro propósito de salud pública. Verán que supimos salvar una situación precaria por procedimientos atrevidos e innovadores.

Nuestro dominio ha sido fructífero. Entregamos una República muy diferente de la que recibimos. Ya no puede haber aguas estancadas en Nicaragua, porque la democracia corre sonora por sus nuevos cauces. El Partido Conservador desciende del poder después de haber realizado su empresa entre innúmeras contradicciones. Nuestros adversarios en política, hermanos en la Patria, van a laborar sobre campo preparado. Si como lo creemos son sinceros en la adopción de los nuevos principios, sus caminos los encontrarán llanos, porque el punto peligroso, el centro de divergencia, al haber sido aceptado por el Partido Liberal el "americanismo" como punto de su programa, se puede tornar en centro de convergencia de los elementos antagónicos de la opinión pública para que obren en un solo impulso por el progreso nacional.

El Partido Conservador va a colocarse en una nueva posición. Su capacidad aumentará cada día por el aprecio de sus obras radicadas en los dominios de la historia. Por de pronto, debe concretarse a balancear los destinos de la República en una oposición moderada, inteligente y culta, que sea cooperativa cuando se trate de llevar adelante a Nicaragua por las vías del bien y de la prosperidad, y sólo se manifieste severa cuando se intente, cosa que no es de esperar, hacernos retroceder a los tiempos tristesísimos de la dictadura de donde sacamos tan dolorosa experiencia.

Como ha dicho un gran pensador, los partidos bien regentados dirigen tanto desde las llanuras como desde las alturas. Cuando el destino ha cambiado el papel de actualidad de los dos partidos históricos, el Partido Conservador debe probar en un sereno ambiente de republicanismo, su aptitud para dirigir desde abajo. Una colectividad, por una contingencia sufrida en su ruta, no debe dar entrada al pesimismo, sino ver la realidad con todos sus riesgos, pero también con todas sus vivas esperanzas.

Como he explicado, por las especiales circunstancias de la hora he hablado en este discurso personificando al Partido Conservador, que es el que en realidad por mis manos va a hacer entrega del Ejecutivo dentro de breves días al Partido antagónico de su programa; y por eso en lenguaje respetuoso he procurado trazar a grandes rasgos el cuadro de los trabajos administrativos en este documento, que vale por una despedida. Solucionadas las mayores dificultades que podía crear la aspereza en las prácticas de nuestra política, yo me regocijo con sentido patriotismo al contemplar en el horizonte tantas luces nuevas que pueden iluminar los rumbos de la República en viaje permanente hacia lo porvenir, y al dirigiros, Honorables Representantes del Pueblo, mi saludo de amistad y de identificación en el patriotismo con vosotros, pronuncio mis fervorosos votos porque en estas Cámaras, florecidas sobre los más libres comicios, se dé principio a la nueva política de prudencia que ha de equilibrar todas las fuerzas nacionales, si queremos conquistar con la paz y la concordia el bienestar de Nicaragua.